

## Los chicos del Mundial

Por Reynaldo Claudio Gómez

Reynaldo Claudio Gómez es Licenciado en Comunicación Social. Vicedecano de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP Profesor e investigador de esta casa de estudios.

Quisiera apelar al lector, sobre todo al joven lector, para que admita una licencia en este artículo, y también a los editores: prefiero elegir un tono personal para referenciar el Mundial 78, más que avanzar desde un criterio académico o científico.

Para los que atravesamos los 40 de edad, el Mundial 78 constituye uno de esos hechos que la literatura y la costumbre gustan de denominar como "significativo". También se ocupan del término, con el pasar del tiempo, la dignidad y la memoria. La implicancia de este concepto refiere menos a la discusión de café sobre la validez del campeonato que al cachetazo que el correr de la historia le puede propinar a un desprevenido. Máxime cuando ese desprevenido es parte de un pueblo confundido y confuso y apenas tiene 12 años.

Es cuanto menos curioso que a 30 años de aquel Mundial, disputado en Argentina, protagonizado por argentinos y celebrado por muchos argentinos, al país todavía lo seduzca más el debate sobre la legitimidad de la goleada a Perú, que la incómoda tarea de reacomodar la historia a propósito de la mayor masacre que registra, justamente, su historia.

La ciudad de La Plata, soterrada como mu- chas, abatida como pocas, también fue, por su-

puesto, escenario de ese Mundial. Y lo fue desde unos cuantos días antes de su inicio: cuando nos enseñaban esquemas marciales en Educación Física porque todos los alumnos debían estar preparados para la fiesta inaugural; cuando las milicadas dejaban muertos frente a los ojos de los chicos, cuando nos obligaban a abandonar el potrero porque querían limpiar la plaza para los turistas.

### El esquema del Mundial

Al fastidio de las clases de Educación Física, en contraturno y con pocas pretensiones atléticas, se le sumó en los días del 77 la firme decisión del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires de desarrollar en todas las escuelas de su jurisdicción el esquema gimnástico que no más de 100 jóvenes iban a poner en práctica en la fiesta de inauguración del Mundial.

Por eso, debíamos concurrir con camisetas, pantalones y medias blancas y estar dispuestos a pasar toda la clase, millones de estudiantes secundarios, repitiendo hasta el cansancio los movimientos plásticos de una figura entre artística y deportiva y definitivamente cursi. La definían como una copia mejorada de lo que había hecho Alemania en el 74.

El rigor nunca aplicado a otras disciplinas deportivas, ahora se tornaba casi obsesivo y hartaba hasta a los mejores alumnos. Era un ritual marcial, una especie de desfile que con contoneos y poses extrañas derivaba en el paso de una pelota imaginaria de una mano a otra. No podía salir mal, todos debían saber perfectamente la repetición del esquema, porque iba a ser observado por el mundo entero en una transmisión televisiva que, para buena parte del resto del mundo, iba a salir en colores. Pero, sobre todo, había que estar perfectamente preparados para la vista del presidente

Jorge Rafael Videla y de los otros dos componentes de la Junta Militar, Emilio Massera (Marina) y Orlando Agosti (Aeronáutica). En tanto, en las clases, discutíamos con la profesora de Instrucción Cívica la pertinencia del voto calificado; claro, si volvía la democracia.

Aquella mañana de verano del año 76, cuando nos alojábamos, como lo hacíamos en lo cotidiano, al umbral del Tambor de Tucuarí, en la Plaza Máximo Paz, de 13 y 60, el ulular de la sirena nos despabiló un poco. Pantalones cortos y sin medias, las patas flacas de mi amigo Memo parecían la copia más mugrienta de *El Pibe* de Chaplín. Tres tipos corrían entre los árboles y los patrulleros rodeaban la plaza. El partido era contra la Plaza España, a eso de las 11, aún nosotros nos estábamos juntando y los rivales no llegaban. Seguíamos la escena con atención y, la verdad, sin asombro. Uno de los tipos salió para la avenida 13, otro para la 60 y al otro lo perdimos de vista. Al primero lo seguimos nosotros y uno de los patrulleros. Corrió con todas sus fuerzas por la 13 y dobló en 59 hacia 14; intentó esconderse en un *garage*, pero cuando manoteó el picaporte para ingresar, la puerta estaba cerrada. Volvió a la calle por última vez: unos cuantos disparos terminaron con su carrera. Con Memo, mi amigo, vimos un muerto por primera vez de frente. Unos cuantos minutos detuvieron la escena –o quizás fue un instante ¿quién sabe cuánto dura un instante?–: el tipo tirado en el suelo, baleado su cuerpo y el portón del *garage*, dos policías jóvenes y nosotros. Y nadie más en calle. Al otro día, Memo me contó que su mamá le había dicho que el diario decía que ese y los otros tipos se habían escapado de la Unidad Regional de 12 entre 60 y 61. En el barrio, hablaban de "ley de fuga". Manolo recordó que había hecho cuatro de los nueve goles que le metimos a Plaza España.

### Socializábamos ahí

Llegaron con los colectivos, de repente. Y nos tomaron por sorpresa. A pesar del miedo, alguien calculó que las "escopetas" eran pesadas. Serían unos veinte y unos treinta nosotros. Tenían cascos y armas, estaban vestidos de verde y sólo algunos de ellos nos gritaban. El placero los miraba a la distancia y conforme. Había sido el delator. Derrotado en la batalla cotidiana había apelado a las fuerzas del orden. Meses llevaba la contienda: él, que nos corría y nosotros, que volvíamos. En los últimos días, ya le hacíamos frente. Las amenazas se cumplieron. Y los policías nos arriaron a todos. A uno lo subieron al colectivo con los dos caniches, porque lloraba. Vaya forma de la piedad.

Socializábamos ahí, en la plaza. Enfrente están todavía la Escuela primaria n° 4, Alejandro Carbó y la entonces mítica "Legión extranjera", un colegio secundario adaptado para contener inadaptados. A unas cuadras, la escuela José Manuel Estrada.

Provenientes de diferentes destinos, los pibes socializábamos ahí, en la plaza. Allá por el año 1976, nos sentábamos en el monumento y comíamos semillitas de girasol. Escupíamos las cáscaras con la habilidad de un loro. Desde la mañana, los pibes iban llegando. Cuando éramos unos cuantos, largábamos el picado.

La plaza era el lugar de encuentro. Había hijos de gallegos, tanos y judíos comerciantes de la calle 12; hijos de médicos y de tintoreros; hijos de peronistas, de maestras, de bancarios y de amas de casa. La plaza era el estadio y la pelota de cuero, el vínculo. Y se venía el Mundial.

Los mayores recordaban bien el fracaso del 74 en Alemania. Decían que la diferencia radicaba en la rapidez y el estado físico del los europeos. Decían que a la picardía criolla los de Europa la habían superado con mayor sacrificio